

COMO UN RENCOR PEQUEÑO

*Para María Doval, dormida en su Armenteira*

Era pequeña y dulce, María Doval.  
¿O acaso no lo era?  
Quizá apretaba en su mano rústica  
un mendrugo como un rencor pequeño.  
Bajaba la cabeza y callaba,  
con largos silencios obstinados,  
pensando, mirando hacia adentro  
o hacia remotas lejanías.  
Por el ventanuco del Oeste entreveía  
el mar de Cambados  
que se llevó a su padre, el cantero, lejos,  
del otro lado.  
Por la puerta abierta al campo  
miraba el prado descendiendo y ascendiendo,  
entre regatos pequeños,  
encinas, robles, pinos,  
y más allá, el monte misterioso  
desde donde bajan los lobos,  
o el lobisón en las noches de luna.  
"Deja ya de mirar la luna,  
entra ya, María", su madre le decía  
desde la edad lejana de la infancia.  
Paro María mira. Ahora mira  
hacia donde se fue Francisco,  
con su enorme sombra, con su capa negra,  
al trote del caballo,  
con las mejillas rojas por el frío  
y los ojos azules riendo siempre.  
María espera, con ese peso de piedra  
en la mitad del pecho,  
cansada de esperar.  
O mira hacia los muros del monasterio  
oculto entre las ramas.  
Allí vivó San Ero, María sabe.  
Sabe que oyó el canto de un pájaro  
y durmió trescientos años.  
Trescientos días, o más, quisiera  
María dormir.  
Cansada de esperar,  
de escuchar insomne  
el trote del caballo,  
el paso del hombre de la capa negra  
y los ojos azules riendo siempre.  
No escucha, no, no escucha  
las voces de sus hijos  
siempre parloteando, quejándose,  
jugando siempre.

No escucha, no, no escucha  
el cloquear de las gallinas  
ni el chasquido de las ramas verdes  
estallando en el hogar.  
Desgrana mazorcas,  
pela castañas,  
cose, barre, lava,  
baja la cabeza, y calla,  
espera.  
Y en el pecho anida  
aquel rencor pequeño.

*E. de Z.*  
*26 de marzo de 1996.*